Centro de Estudios Hemisféricos de Defensa
Conferencia Subregional Retos Transnacionales: Aproximaciones para Cooperación en Defensa y Seguridad

10-13 de julio de 2007

TEORIA Y EMPIRIA DE LA SECESION: UN CASO DE ESTUDIO

PhD Ivan Witker
Director de la Cátedra Estudios Internacionales
Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE)
Eliodoro Yanez Ave 2760 Providencia, Santiago de Chile
E-mails: iwitker@anepe.cl *(please without attachments);* **ivan.witker@yahoo.de**

Resumen

Este trabajo analiza el tema de la secesión, estableciendo sus regularidades y planteándose como hipótesis que estas apreciaciones teóricas podrían estar adquiriendo presencia en la realidad boliviana de hoy. El autor hace una valorización cualitativa de los problemas más gravitantes del país en función de la hipótesis señalada.

El trabajo apunta de identificar las fuerzas subterráneas que atentan contra la cohesión territorial hoy en América Latina y pone énfasis en el impacto del etnoindigenismo como variable explicativa. El autor recurre a ejemplos históricos de secesiones en otras partes de América Latina, y en la propia Bolivia, con la idea de establecer similitudes y diferencias con el caso de estudio. El objetivo es demostrar que ya se han configurado dinámicas centrífugas, que por ahora están repercutiendo en la estabilidad y la gobernabilidad de este espacio regional, pero que, puestas en perspectiva comparativa con la evidencia empírica, podrían tener carácter irreversible.

La práctica depende siempre de la teoría.
Lo que hacen los hombres está siempre influido de
distinta manera y en variada medida por lo que piensan.
Giovanni Sartori [1]

El estudio de la cohesión territorial de aquellas unidades políticas autónomas que conocemos como Estados es de la esencia misma de las Relaciones Internacionales; ha sido desde siempre un componente de esta disciplina, cuyo origen situamos en el primer tercio del siglo pasado con las macizas obras de Hans Morgenthau desde la Universidad de Chicago y de Edward Hellet Carr desde Aberystwyth, Universidad de Gales.

Carr y Morgenthau discurrieron sobre las relaciones de poder entre los Estados, sobre el cómo se forja el interés nacional de éstos, pero también sobre las condiciones que consolidan y proyectan las capacidades de cada Estado en el plano internacional.

En la actualidad son varias las corrientes de pensamiento que debaten sobre este último tema, por lo que reflexionar y conjeturar sobre cuestiones empíricas de la realidad regional siempre es pertinente. En consecuencia, el ejercicio teórico que presentamos es de carácter politológico y tiene una clara inspiración *sartoriana*, al buscar nexos entre la praxis y la teoría en un asunto de relevancia internacional.

Muchos de los aquí presentes, podrían preguntarse, para qué sirve conjeturar sobre cuestiones que no están, a primera vista, "a la vuelta de la esquina". Pero esa es precisamente la función de la teorización; proponer formas de escrutar ciertos procesos o coyunturas, apoyándose en lecciones históricas, máxime cuando afectan a cuestiones tan esenciales del momento como es la gobernabilidad.

En este plano se ubica la fragmentación territorial, que ha acompañado desde siempre a los estados. Por lo mismo, no podemos asumir *a priori* un calificativo respecto a si la fragmentación territorial es intrínsicamente buena o mala. Hay ejemplos en ambos sentidos. Lo importante en ciencia política es, como dice Sartori, conocer los fenómenos, detectar sus regularidades y visualizar sus alcances. Por lo mismo, si tratamos de comprender las tendencias centrífugas que pudiera vivir América Latina, una tarea prioritaria es tratar de identificar las fuerzas subterráneas que atentan contra la cohesión territorial de algunos países, y para ello podemos seguir el ejemplo de buenos trabajos conjeturales, como el de Robert Kaplan **Viaje al futuro del Imperio. La transformación de Norteamerica en el siglo 21**[2], que intenta documentar aquellas fuerzas subterráneas que sacuden a México, EEUU y Canadá. No es de los típicos textos que hablan de la decadencia de EEUU en tanto hiperpotencia, sino de las transformaciones de tipo centrífugo que puede sufrir próximamente aquel enorme y gravitante espacio geoeconómico.

Una de las claves para entender esta problemática en el espacio sudamericano radica en cuán capaces sean los estados de la región de dar respuesta a las demandas de tipo étnico-cultural. Si la respuesta es baja y débil, se estará condenado a la fragmentación. Es decir, la relación etnia-identidad es uno de los factores determinantes de las fuerzas subterráneas centrífugas en esta parte del mundo. Sin identidad no hay representación, y sin representación no hay estado fuerte y se debilita la gobernabilidad. Si tomamos en cuenta

[1] La Política, FCE, México, 2000, seg. Edición en español, pag. 129.
[2] Ediciones B, Barcelona, 2000

que la identidad es en definitiva un asunto emocional de las etnias y las naciones, es altamente probable que los problemas identitarios no se resuelvan con los actuales parámetros estatales.

Como escribió recientemente Dominique Moïsi en **Foreign Affairs**[3], las identidades pasan por momentos difíciles en todo el mundo; las etnias y naciones pequeñas viven dominadas por el miedo cultural a la absorción. Ello, porque el tipo ideal de estado nacional homogéneo, al ser inalcanzable, ha terminado saturando, y las minorías de hoy –sean los daneses en Alemania, los sudtiroleses en Italia o los kurdos en Iran o Turquía- viven un período existencial definitorio, que los conduce o a la asimilación o a la secesión y atravesando un camino lleno de turbulencias para la gobernabilidad. O se renuncia a la identidad, o se busca una representación nueva, cree Moïsi.

Y con razón, porque el camino a la secesión parte siempre por la idea de sentirse excluido; idea que produce reverberaciones fuertes en una América Latina inserta en un universo doble, donde las ideas rara vez calzan con los hechos, y donde la retórica integracionista poco o nada tiene que ver con las tendencias centrífugas, apreciables en la vida bilateral, en los encuentros multilaterales y por supuesto en la vida política doméstica de cada estado. El torbellino disgregador ha comenzado a abalanzarse sobre los espacios nacionales, producto de estos problemas de identidad, generando focos de inestabilidad e ingobernabilidad. *Ergo*, el tictac en materia de disgregación ha acelerado su marcha en los países con mayor heterogenidad étnica.

Aunque no es caso único, en esta materia sobresale Bolivia, que condensa dicha dispersión étnica al punto de hacerla un verdadero laboratorio de la acción de las fuerzas subterráneas que nos habla Kaplan. Al acercarse al bicentenario de su existencia, Bolivia no vive un momento auspicioso para el diálogo interétnico[4]. Por el contrario, los propios actores locales, partiendo por los tres últimos presidentes de la República, políticos, empresarios y líderes de opinión locales, así como una multitud de analistas y académicos extranjeros, han advertido sobre la creciente falta de gobernabilidad y los consecuentes signos de escisión que se aprecian. Para entender el problema, corresponde preguntarnos, ¿cuáles son las raíces de este problema?.

Mientras en el pensamiento político latinoamericano germinó la idea de una nación común, prácticamente desde la emancipación y cuyo crisol estaba llamada a ser justamente Bolivia –su nombre es elocuentemente revelador de esta afirmación-, los hechos avanzaron por la frondosa senda de generar diferencias con el vecino. Esa proclamada conciencia de pertenecer a una comunidad cultural, o matriz identitaria latinoamericana, no ha sido otra cosa que un sentimiento superficial. Lo que efectivamente se fue consolidando con el paso del tiempo fue una suerte de archipiélago de islas hispanizadas inmersas en un océano indígena, las cuales fueron replicando en su interior, y con intensidad diversa, un universo igualmente doble, de inclusión/exclusión.

Por lo mismo no debiera motivar extrañeza que la voz ancestral del etnoindigenismo, haya ido aprovechando esta situación para hacerse un lugar en la gran política regional. Tarde o temprano, ello iba a ocurrir. Y aunque la precariedad intelectual del movimiento

---

[3] "The Clash of emotions", **Foreign Affairs**, january-february, 2007 www.foreignaffairs.org

[4] Aunque los hechos acaecidos con posterioridad al 2003 han desfasado algunas de las apreciaciones, como la eventualidad de la secesión, uno de los trabajos más completos para entender los problemas bolivianos de las últimas décadas es Campero, Fernando (editor) y Toranzo, Carlos (coordinador) **Bolivia en el siglo 20**, Harvard Club de Bolivia, La Paz, 1999.

etnoindigenista lo lleva a andar buscando suelos fértiles donde echar raíces, ya se ha convertido en un elemento perturbador, que no sólo ha puesto en riesgo la gobernabilidad del país, sino ante todo ha estado incidiendo de manera peligrosa en la cristalización de tendencias separatistas.

El etnoindigenismo latinoamericano ha encontrado alero en una izquierda huérfana de socialismos y de reivindicaciones clasistas, y se apega a corrientes populistas, siempre muy bien vistas en esta parte del mundo; mas el etnoindigenismo ha demostrado incapacidad para comprender cómo funciona el mundo de hoy. No le gusta la globalización, aunque no puede definir con claridad los porqués. Quizás es su maridaje con las obsoletas visiones que dividen la lucha política según criterios de clase social, o su concubinato con lo más retrógrado de las ideas nacionalistas, o quizás añoranzas por los microcosmos indígenas precolombinos, lo que dan vida a este espíritu antiglobalización y anti-iniciativa privada, que pervive en los movimientos etnoindigenistas. Ese espíritu es el que explica la fuerza con que asumen cualquiera de los instrumentos obstaculizadores de la globalización, como la violencia, el caos y la desarticulación de la economía, generando tendencias que no sólo debilitan a los gobiernos de turno sino ayudan a socavar la integridad territorial de ciertos países. El etnoindigenismo, al ser un receptáculo de todo tipo de exclusiones, al sentirse repotenciado por la cercanía con ideas nacionalistas, populistas o con afanes violentistas, es una especie de árbol que ha pasado a formar parte del paisaje latinoamericano[5]. Al día de hoy, ningún análisis sobre América Latina, sobre sus asuntos actuales y su devenir político, social, económico y de seguridad, se estima completo, si no se tiene a la vista la variable etnoindindigenista.

Ahora bien, ¿porqué Bolivia ha devenido en un modelo de estas tendencias?.

A mi entender, por varias razones, siendo la primera la más importante, y es que el reloj o tiempo regional –aquel notable concepto del antropólogo Wolfram Eberhard que sirve para formarse una idea cronológica de cuándo los pueblos comienzan a vivir e internalizar grandes acontecimientos tecnológicos, políticos y culturales, y que necesariamente marcan diferencias evolutivas- marcha a una velocidad más lenta en Bolivia que en otros países de la región. Razón dos: el etnoindigenismo se ha ido entronizando en el aparato del estado y ha comenzado a ser disfuncional con los intereses, ya de por sí difusos, de lo que ha sido hasta ahora el conjunto del país. Tercera razón: una provincia, Santa Cruz, parece haber descubierto que su "tiempo o reloj regional" va a una velocidad distinta del de La Paz y que está llegando el tiempo de tomar distancia, por considerar que cualquier experimento etnoindigenista es de naturaleza regresiva. Esta bifurcación de percepciones gatillará la necesidad de constituir unidades políticas distintas. El distanciamiento creciente entre Santa Cruz y La Paz se explica entonces porque la primera consigue comprender que la globalización es un hecho inexorable, independiente de los gustos individuales o grupales; mismo que, puesto en términos muy concretos, es análogo al fenómeno climático de las precipitaciones, ante el cual, un individuo puede escoger entre salir desnudo a la intemperie o con impermeable y paraguas, mas eso no cambia la condición externa. Al tomar noción entonces de que posee un reloj distinto, Santa Cruz no puede sino asumir que el

---

[5] Entre los estudios sobre los desafíos que representa el etnoindigenismo para la democracia destacan: Wolff, Jonas **Demokratisierung als Risiko der Demokratie?. Die Krise der Politik in Bolivien und Ekuador und die Rolle der indigenen Bewegungen**, Hessische Stiftung Friedens- und Konfliktforschung, HSKF-Report Nº 6, Frankfurt am Main, 2004, así como Lee van Cott, Donna "Radical democracy in the Andes: indigenous parties and the quality of democracy in Latin America", **Working Paper** Nº 333, Kellog Institute, December 2006.

etnoindigenismo es completamente disfuncional, tanto con las corrientes mundiales, como con su relativa prosperidad, y con las potencialidades que tiene su territorio, especialmente en esta época en que la gran divisoria mundial se ubica en los asuntos de la energía y los recursos.

Esta es la dicotomía que se ha ido abriendo en los últimos años.

Y resulta muy notable esta percepción de "disponer de un reloj distinto" que está asumiendo Santa Cruz, toda vez que se trata de una provincia que miniaturiza un caleidoscopio étnico casi tan diverso como el de Bolivia toda, pero con un *spiritus movens* que no se obnubila con las utopías indigenistas que habitan en el occidente del país. Por ello, mi hipótesis de trabajo, es que Santa Cruz está avanzando en generar las condiciones necesarias que debe reunir todo proceso secesionista exitoso. El espesor histórico del proceso que vive Santa Cruz, y una visión comparativa con otras experiencias similares en el hemisferio, indica que el avance separatista allí ya es sólo cosa de tiempo y de ritmo.

Los estudios internacionales han avanzado en el análisis comparativo y han examinado los elementos políticos que intervienen en los procesos secesionistas, identificando cuatro grandes etapas y demostrando de paso empíricamente que la consistencia entre éstas etapas y su coherencia con los otros *realms* de los asuntos internacionales, es decir coherencia con la época en que estas etapas tengan lugar, suelen signar con éxito las acciones separatistas. Así entonces, la secesión se hace realidad sólo cuando existe una **idea motivadora** –que bien puede estar plasmada en un conjunto ideológico o religioso de propuestas-, que luego hace madurar una **voluntad política** de materializar el proyecto secesionista, y que se ubica favorablemente en un contexto internacional -el llamado **factor externo-** sea por medio de una constelación propicia de coyunturas o el apoyo directo de una potencia interesada. Finalmente, debe darse el gran **momento galvanizador**, aquella tensión vital que suele sintetizarse en conflictividad armada. Son cuatro etapas, o regularidades, que permiten explicar teóricamente un gran número de experimentos secesionistas, y ciertamente el boliviano.

Desde luego que hay ejemplos en el mundo que se sitúan en los extremos y escapan de tales regularidades. Como el checheno, que, pese al alto nivel de violencia exhibido por las partes en conflicto, y a la presencia de una idea motivante y de una aparente voluntad política, choca con el factor externo. U otros, extraordinariamente excepcionales, que por el nivel de "civilidad" mostrado -el caso de la antigua Checoslovaquia- se denominan popularmente "divorcios de terciopelo". En ese caso tan singular, ambas partes decidieron, de motu propio y con cronograma en mano, separar las respectivas administraciones, los bienes estatales en territorio nacional y en el extranjero, así como trasladar la representación internacional a dos sujetos de derecho internacional enteramente nuevos. Hay quienes visualizan en este ejemplo, un camino de cómo podría ocurrir un desenlace del actual movimiento separatista en Quebec, Canadá. Sin embargo, hay coincidencia también en que un "divorcio de terciopelo" aparece posible sólo cuando las razones de la separación responden preferentemente a cuestiones no centrales, como serían diferencias respecto a la imagen de sí mismo, su ubicación y posibilidades en el contexto internacional. Los divorcios de terciopelo parecen viables cuando hay niveles de ingreso per capita semejante entre todas las partes y sólo entre naciones con un alto nivel cultural que conlleva un desarrollo institucional de cierta madurez, capaz de advertir a priori los costos de las diversas opciones. Sin embargo, al tratarse de coyunturas tan singulares como delicadas se cree que basta que una de las partes ofrezca tonos de disonancia para que el panorama se torne incierto, se descarrile y se transforme en un caso clásico. Un buen ejemplo de lo

delicado de estos procesos es lo que ocurre en Euskadi y Cataluña, y de ahí entonces el cuidadoso *political correctness* que se observa en el trato político de Madrid hacia ellas. En los estudios internacionales, el caso de estas comunidades autonómicas españolas se cita para ilustrar procesos de transnacionalización de identidades o de construcción de identidades de niveles múltiples (*multi-level-identities*) que analizan las llamadas representaciones simbólicas y las imaginaciones espacial-geográficas de las naciones.

Pero la historia boliviana, y la vorágine de acontecimientos de los últimos tres años, no apunta a la posibilidad de que este laboratorio ofrezca elementos de familiaridad con los extremos mencionados. Mas bien, la evolución de los factores disgregadores que allí se observan guardan similitud con el historial regional, cuya fuerza centrífuga (esa violencia telúrica latinoamericana que hablaba Octavio Paz) despedazó a la antigua Gran Colombia y a Centroamérica y que ayuda en cierta manera a explicar la vitalidad de la Confederación Argentina en contra de Buenos Aires a fines del siglo 19 o los múltiples intentos secesionistas observados, como la República del Acre (entre Bolivia y Brasil), e incluso el intervencionismo mercantilista de grandes potencias en las enormes y múltiples áreas sin ley (*outlaw areas*) o espacios ingobernados (*ungoverned spaces*) que se han registrado en América Latina[6].

Para entender el actual caso boliviano existen algunos ejemplos concretos de interés: Texas (México), Panama (Colombia), Sonora y Yucatán (México), Zulia (Venezuela) y el Acre en la propia Bolivia, entre otros. En todos ellos, el detonante fue esa combinación de ausencia de estructuras estatales y la existencia de más uno de los elementos mencionados.

En el caso de Texas, vastísimo territorio ansiado por numerosos grupos afiatados en torno a cuestiones religiosas, es un buen ejemplo de lo difícil que era para la administración colonial de la Nueva España (y sobre todo para México con posterioridad) ejercer jurisdicción sobre territorios tan alejados de ese verdadero lunar hispanizado que era la Ciudad de México, construida por lo demás sobre los despojos de Tenochtitlán. Por eso no es extraño que Stephen Austin haya recibido permiso de España para instalar allí a 300 colonos en 1820, ni menos aún que sólo seis años más tarde un grupo de estos colonos, dirigidos por Hayden Edwards se haya sentido impulsado a proclamar una llamada República de Fredonia en un fracasado intento secesionista. Pero, aquellos colonos fueron rápidamente afianzando una identidad en función de intereses específicos (apoyo irrestricto al esclavismo, reclamaciones contra derechos aduaneros mexicanos y otros) que cristalizó en una identificación con el territorio, su pasado, presente y visión de futuro del mismo. Luego, los primeros choques armados durante 1835 con las autoridades mexicanas, fortalecieron las tendencias autonómicas destacando la creación de un órgano representativo –asunto muy relevante en estas materias- como es la Convención de Texas, para volver a proclamar la independencia en 1836. La expedición punitiva mexicana de Santa Anna, un año más tarde, no hace sino consolidar el gran momento galvanizador, signado por el conflicto armado, que da paso al otro asunto relevante, el reconocimiento externo, mismo que ocurre en 1837 por parte del Senado norteamericano, el 39 por parte de Gran Bretaña y poco después de Francia. Texas vivió y desarrolló su independencia

---

[6] Si bien sobre esta materia, la bibliografía es vasta, la cantidad de estudios específicos sobre casos latinoamericanos es considerablemente menor. Pese a ello cabe destacar Andersen, Martin Edwin "Failing states, ungoverned spaces and the indigenous challenge in Latin America", **Security and Defense Studies Review** NDU/CHDS, Washington, 2006 así como Contreras Polgatti, A. y Witker, Ivan et al **Areas sin ley, espacios vacíos y estados débiles**, Cátedra Manuel Bulnes IDEA-Universidad de Santiago, Santiago de Chile, 2005.

plena hasta 1844, cuando consideró pertinente pedir su anexión a EEUU más bien por razones de seguridad externa, pero el proceso de secesión fue quemando cada una de las cuatro etapas mencionadas, y de manera lo suficientemente consistente como para que hoy Texas sea uno de los estados de la Unión con mayor fuerza identificatoria.

En tanto en México, la llamada República de Yucatán comprendió los actuales estados de Yucatán, Quintana Roo y Campeche, es decir toda la península. La lejanía con el centro del virreinato, llevó a la administración española a crear en la península una Capitanía General similar a la de Guatemala. En 1820 se alzó el primer intento autonomista yucateco, aunque fracasó debido a la división de la elite secesionista. Yucatán terminó solicitando su incorporación al naciente, pero efímero, Imperio Mexicano con Iturbide a la cabeza. Disuelto éste, participó en el pacto federal en 1824, propugnado por aquel desenfrenado caudillo republicano que al grito de "Viva Santa Anna, mueran los otros" dominara tan dramáticamente la escena política mexicana en la primera mitad del siglo 19, Antonio López de Santa Anna (el mismo que perdiera Texas más tarde y que le hiciera un funeral de Estado a su pierna perdida en combate). Cuando México decide temporalmente abandonar las ideas federalistas, en Yucatán se levantan voces en favor de la secesión definitiva. El ancla del pasado precortesiano cobró allí inusitado vigor hacia mediados de los 30 en el siglo 19 y se recordó con intensidad que mientras Yucatán había sido tierra maya, México había sido azteca. Sin embargo, el ineludible momento de la conflictividad armada se hizo presente y en 1840, México declaró la guerra a Yucatán, cuyo cabildo había proclamado la independencia total, dictando incluso una nueva Constitución y buscando reconocimiento externo (de Centroamérica y de EEUU). En 1843, se apagó la voluntad independentista yucateca (es decir desapareció esa regularidad tan gravitante de la voluntad política) y Yucatán se reintegró a México para volver a declarar la Independencia dos años más tarde. Luego, un conflicto civil de envergadura en Yucatán –la **guerra de castas**-, que curiosamente no ha sido abordado *in extenso* por la historiografía social latinoamericana pese a reunir lo social y lo indígena, acabó definitivamente con los intentos separatistas yucatecos, pues para la población blanca le resultó más estable convenir un *modus vivendi* de largo plazo con México, que forzar una independencia frágil, que habría hecho de Yucatán lo que hoy se denomina **estado fallido**. Es bueno recordar asimismo que la vecina zona de Chiapas, hasta hace poco asolada por la guerrilla zapatista, fue parte de la Capitanía General de Guatemala y tras su independencia decidió ingresar al pacto federal mexicano *per referéndum* en 1824, el cual fue renovado *de jure* sólo tras la Revolución Mexicana, es decir casi un siglo después, ya que las tropas de Carranza fueron rechazadas en combate por el ejército mapache, como se conoció a la milicia chiapaneca de entonces[7].

México tuvo, asimismo, otro caso secesionista importante, el de la norteña Sonora (Nueva Andalucía, en su denominación colonial), ocurrido a mediados del siglo 19, primero a manos de colonizadores y comerciantes franceses liderados por Gaston de Rousset-Boulbon

---

[7] Sobre el separatismo mexicano existe bibliografía relevante aunque no cuantiosa, ver: Sandos, James "Northern Separatism during the Mexican Revolution: An Inquiry into the Role of Drug Trafficking, 1910-1920" **The Americas**, Vol. 41, No. 2 (Oct., 1984), pp. 191-214; Ortega Noriega, S. **Breve historia de Sinaloa**, México, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, 1999; Quezada, Sergio **Breve historia de Yucatán**, México, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, 2001; Almada, Ignacio**, Breve historia de Sonora**, México, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, 2000; y un análisis periodístico de reflejos secesionistas en procesos electorales contemporáneos en Venezuela, Bolivia y México en Elias, Jorge "La Guerra de Secesión", **La Nación**, 3.diciembre, 2006

y luego de colonizadores norteamericanos dirigidos por el aventurero William Walker. En ambos casos, se trató de experimentos cuyo fuerte eran los intereses externos sobre espacios escasamente poblados y no gobernados.

En tanto, algunos historiadores latinoamericanos reconocidos, como Germán Cardozo, llaman República del Zulia a un interesante experimento protagonizado por comerciantes vascos y catalanes que mantuvieron distancia política, así como diferencias económicas con Caracas ya desde tiempos coloniales. Aquella elite política de Maracaibo (y su *hinterland* andino), proclamó el 28 de enero de 1821 una república independiente, que pretendía negociar de manera separada su ingreso a la Gran Colombia o, en su defecto, autonomizarse por completo. Sin embargo, parte central de su fracaso se explica por la incapacidad de aquella elite en dar el paso decisivo, desde "el deseo" a la "voluntad política" efectiva, y por el error de no haberse preparado para el momento galvanizador. Tampoco había en ella una motivación ideológica o religiosa que afianzara tal deseo, aunque éste reverdeciera de cuando en cuando. Por eso, la eventualidad de autonomía renació en 1858 de la mano del general Vicente Herrera, pretendiendo unir nada menos que la colombiana Santander con Zulia, bajo la denominación, y dominación, de ésta última. Este intento, y el siguiente, diez años más tarde, encabezado por el gobernador de Zulia, Jorge Sutherland, y el subsiguiente liderado por otro gobernador, Rafael Parra, fueron incapaces de generar las cuatro etapas necesarias para la secesión[8].

En el caso del Acre, hoy conocido por la muerte del ambientalista Chico Mendes en 1988 a manos de guardias de empresas del caucho, los llamados *seringheiros* y en cuyo honor el grupo Maná popularizó su canción "Cuando los angeles lloran", se trata de un vasto territorio del Mato Grosso que podría señalarse como "parte histórica" de Bolivia, sin que jamás hubiese habido jurisdicción real. Para ser justos, era un epítome de espacio vacío e ingobernado. Un espacio vacío que poco a poco comenzó a ser poblado por brasileños y a ser explotado por empresas madereras brasileñas. No debe extrañar entonces que en 1867, el brasileño Luiz Galvez Rodríguez de Aria haya tomado el control de él generando lo que en terminología de relaciones internacionales contemporáneas se conoce como **estado de facto**. En 1899 se declara Presidente de la República del Acre, lo que generó fuertes turbulencias regionales. El panorama se complica cuando entra en escena el mercenario brasileño Plácido de Castro, quien se proclama Presidente, en un nuevo intento secesionista, obteniendo el apoyo explícito del gobierno central brasileño que envía tropas. El hábil Barón de Río Branco logra forzar el Tratado de Petrópolis en 1903 y obtiene para Brasil el grueso del territorio deseado, que hoy forma parte de él como estado federado. Acre, cuyo nombre proviene de *jacaré* con el que los indios lugareños denominaban los abundantes cocodrilos que existen en el sector, es, al igual que Texas y Panamá, un ejemplo excelso de secesión donde concurren ideas motivantes y un poderoso factor externo[9].

Estos ejemplos nos permiten concluir que el éxito de un movimiento secesionista depende en última instancia del juego de poder que se vaya desplegando en las cuatro etapas mencionadas.

---

[8] Para el caso de la República de Zulia se recomienda Morales, Juan Carlos "Separatismo polìtico latinoamericano en el siglo 19: bases para una comprensión histórica", **Mañongo**, Universidad de Zulia, Nº 17, 2001, pp. 213-236. Morales analiza también los casos de Texas y el separatismo miskita en Nicaragua.

[9] En estos momentos se encuentra en pleno desarrollo una interesante investigación sobre el problema del Acre, llevada a cabo por los historiadores chilenos Cristian Garay y Loreto Correa del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago, al alero de Fondecyt (proyecto Nº 1050194, "Guerra con paz, paz sin amistad. Chile y Bolivia en el centenario del Tratado de 1904", **FONDECYT** 2006-2009).

En Santa Cruz no se observa nada muy distinto. Las ideas motivantes han entrado en proceso de maduración; el actual esquema nacional dirigido con lógica etnoindigenista le es disfuncional tanto en lo político y lo administrativo como en lo económico. También ya se ha propagado la idea del agotamiento de La Paz como punto de gravedad institucional. Las dificultades que emanan de una situación como la descrita para la necesaria gobernabilidad del país son materia cotidiana de la prensa local, regional e internacional. No es exagerado estimar que la *fault line* emocional de que nos habla Moïsi ya se encuentra desplegada en la Bolivia de hoy.

Sin embargo, es obvio que la secesión en curso adoptará la velocidad que la elite separatista santacruceña pueda imprimirle al proceso, así como del tipo de conducta reactiva que se pueda apreciar al interior de la actual conducción en La Paz. Si por alguna razón las tendencias secesionistas santacruceñas se detienen o debilitan, el contexto general indica que el país entero se seguirá deslizando por la cornisa acentuándose lo que yo denomino **libanización**, es decir un continuo desfondamiento o difuminación del poder, es decir una erosión de la gobernabilidad, que se agudizará o ralentizará según los intereses económicos en juego, especialmente los del rubro energético, dando con ello gravitación decisiva al factor externo, donde la conducta de las grandes empresas energéticas con presencia en el país, pero también de aquellas que están forzadamente ausentes y que tienen interés, será decisiva. Por eso las experiencias históricas señaladas resultan tan fundamentales.

Los aquí presentes concordaremos que estamos conjeturando sobre un asunto muy complejo, pues el influjo etnoindigenista que se vive hoy, por un lado forma parte los focos globales de inestabilidad, pero por otro se traslapa con desigualdades sociales y económicas evidentes en toda la región y que han dado paso a un esquema de gobierno que el historiador británico Alan Knight denomina "pigmentocracia latinoamericana". Por lo mismo, las cosmovisiones indígenas ejercen en determinados momentos una cierta fascinación en sectores de intelectuales latinoamericanos e incluso europeos y estadounidenses, que las estudian con un prisma que las muestra como sociedades presuntamente idílicas, como economías exitosamente colectivizadas y desarrolladas en armonía con el medio ambiente, como entidades gobernables, etc.

Sin embargo, estas son sólo modas intelectuales. Las investigaciones más recientes respecto al fin de los mayas, por ejemplo, ha comenzado a dejar en evidencia que a las culturas indígenas latinoamericanas no les era ajeno el concepto de lucha por el poder[10]. En consecuencia, para un estudio teórico desde las relaciones internacionales, ese es un dato vital, pues debería significar que el concepto lucha por el poder no debería ser ajeno para quienes se dicen sus descendientes y herederos al día de hoy. Vale decir, los líderes etnoindigenistas asumen que lo que se vive al día de hoy no es otra cosa que lucha por el poder. Mirado desde la teoría, si la lucha por el poder no se resuelve pronto, y asistimos a una difuminación o desfondamiento del poder, o sea, puesto en términos prácticos que ninguno de los contendientes logre doblar la cerviz del otro, el país tenderá a balcanizarse, probablemente en un *kollatsuyu* aymará, otro de raigambre indígena distinta a la anterior

---

[10] Referido a las investigaciones del Institute of Mesoamerican Archeology de la Universidad de Vanderbilt, cuyo equipo dirigido por el Prof. Arthur Demarest descubrió en 2003 jeroglíficos que han cambiado completamente las hipótesis sobre el fin del imperio maya, dejando de lado aquellas más recurrentes vinculadas con un colapso ambiental y que sintetiza Diamond, Jareed en **Collapse**, Penguin, N.Y., 2005. Tras los descubrimientos de Demarest parecería que una grave disputa por zonas de influencia entre las ciudades estado Dos Pilas, Tikal y Calakmul habría desatado una "guerra total". Información en los siguientes sitios: www.nationalgeographic.com , www.vanderbilt.edu y www.famsi.org .

quizás quechua, y una nación del Llano, en torno a Santa Cruz que podría incluir a Beni, Pando y Tarija. Otra posibilidad que emana de la lucha por el poder es que Santa Cruz se autonomice sola, dejando al resto en una situación de estado fallido con un devenir obviamente incierto. Todas, opciones que generan inestabilidad regional por la multiplicidad de focos de ingobernabilidad que encierran[11].

Aunque pudiera sonar prematuro hablar de "actores secesionistas", sí se pueden identificar con claridad algunos fenómenos favorables a la fragmentación. El primero es el surgimiento de milicias armadas desvinculadas de las FFAA y que parecieran tener cercanía (o al menos simpatía) entre las autoridades. Me refiero a los Ponchos Rojos que irrumpieron el 22 de enero de este año en la localidad de Achacachi, rindiendo honores al Presidente de la República creando una situación que recordó 1952 cuando se procedió a disolver el ejército y a reemplazarlo por milicias campesinas y mineras. Esta situación específica, minimizada por algunos cientistas políticos bolivianos, puede examinarse desde innumerables ángulos, pero sin duda que el más importante es el histórico, pues se produce en una coyuntura demasiado diferente de aquella de 1952. Quienes propugnan autonomía, o directamente separatismo, han asumido que un país inserto en la globalización debe tener absolutamente resuelto el asunto del monopolio de las armas. Este grupo armado, y otros aparecidos fugazmente, pero sin grandes sutilezas conductuales durante el año 2003, son interpretados necesariamente como signos de ingobernabilidad. Otro fenómeno secesionista se advierte en la discusión política y parlamentaria sobre la descentralización, que ya lleva varios años y se encuentra en una impasse real por las necesidades de Santa Cruz de contar, entre otros, con un marco regulatorio de su comercio exterior. Por tratarse de un problema conceptual de fondo, esta tirantez comercial específica entre Santa Cruz y La Paz, diríamos que ha llegado a un punto de no retorno. Otros dos fenómenos, que si bien no son directamente secesionistas sí coadyuvan a acelerar las tendencias centrífugas, son, por un lado, la relación cuasi filial del gobernante MAS respecto al pensamiento bolivariano, algo inédito y con pronóstico reservado puesto que no hay estudios históricos que comprueben la cercanía o simpatía de Bolívar con las poblaciones indígenas, lo que debilita la línea argumental del etnoindigenismo. Por otro lado, la creciente des-adscripción del catolicismo por parte de extensas comunidades indígenas en Bolivia, donde se incluyen las fuertes declaraciones de personeros gubernamentales contra dignatarios de la Iglesia Católica boliviana durante el año pasado, al ser tomadas con recelo y distancia por Santa Cruz no hacen sino acrecentar las dinámicas centrífugas[12].

Tales son las fuerzas subterráneas con capacidad para remover lo existente, como señala Kaplan. Son fuerzas que nos permiten conjeturar sobre el devenir de un país ya adentrado en una etapa cualitativamente distinta, y ante la cual se le abren sólo dos opciones; ambas dignas de ser parafraseadas con uno de los más lúcidos politólogos de nuestra época, Giovanni Sartori. De manera pesimista, diríamos con él que Bolivia ha pasado a vivir bajo el efecto bóveda, un lugar "donde todas las piedras tienden a caer". Y en el caso optimista, Sartori diría *voluntas fertur in incognitum*, la voluntad se proyecta hacia lo desconocido[13].

---

[11] Un trabajo que plantea la hipótesis de mantener la unidad territorial boliviana actual sobre la base de un cambio de régimen político constitucional inspirado en las ideas consociativas de Arend Lijphart es el de Larraín Landaeta, Horacio **El futuro democrático de Bolivia**, LOM, Santiago de Chile, 2007.

[12] Tema tratado por Andersen, op.cit.

[13] Op.cit., pag. 171.

Datos biográficos del autor

Ivan Witker, cientista político y periodista (Universidad de Chile, Santiago de Chile), PhD en Comunicaciones (Universidad Carlos IV, Praga, República Checa).
Entre 1998 y 2004 fue codirector del programa de Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago y desde 2005 se desempeña como director de la Cátedra de Estudios Internacionales de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos de Chile (ANEPE). Ha dirigido proyectos de investigación sobre terrorismo y sobre política exterior. Desde fines de los años 80 es analista de BBC World Service sobre asuntos latinoamericanos.